En el centenario de E. Díez-Canedo

La conmemoración del centenario del nacimiento de Enrique Díez-Canedo no ha alcanzado relieve suficiente para hacernos olvidar la proverbial abulia española para cuanto representa una estimación de nuestros valores literarios.

Parece, irónicamente, que su recuerdo se ha puesto en acorde con aquella modestia, enemiga del oropel y del ditirambo, que definía su personalidad. El itinerario vital de Enrique Díez-Canedo tuvo, en efecto, aquel sello de discreción y de delicadeza que caracteriza a tantas mentes escogidas.

Educador nato, soñador de una España cultivada, moderna y sin aristas, cumplió menesteres educativos en la Escuela Superior de Idiomas de Madrid, pero tuvo una más amplia cátedra en las páginas volanderas de los periódicos, especialmente en *El Sol,* recogidas, en sus trazos fundamentales, en los tres volúmenes de lo que tituló modestamente *Conversaciones Literarias.*

El análisis de sus índices onomásticos nos da la medida del asombroso repertorio de sus curiosidades intelectuales. Testigo de su tiempo y de su generación, nos ha dejado juicios de valor, especialmente sobre poesía y sobre novela, válidos hoy a pesar del tiempo transcurrido. Tuvo contactos especialmente con grandes figuras de la literatura catalana, siendo el primer traductor de la obra de Eugenio d'Ors al castellano (*La muerte de Isidro Nonell,* 1905), así como de textos poéticos del que habría de ser su gran amigo, el poeta Josep Carner. Fue vigía atento de la

literatura hispánico de Ultramar. Y fue, finalmente, un gran europeo: traductor de Montaigne —a quien se parecía en el liberalismo y en el sentido humanístico—, de Verlaine y de Francis Jammes. Difusor de los modos italianos, en sus *Cantares rimados a la manera toscana,* y poeta civil y multitudinario a la manera grandiosa de Walt Whitman.

Desde esta actitud alerta, Enrique Díez-Canedo, discípulo del progresismo liberal de Francisco Giner, utilizó la palanca del periodismo para una tarea de educación general permanente, que le dio autoridad para un magisterio no por difuso menos responsable que le llevó, sin duda, a la elección para un sillón de la Real Academia Española.

Pero por debajo de esta actividad fluía, púdicamente, una obra lírica muy estimable, cuyas líneas generales partirían de una filiación modernista (*Versos de las horas,* 1906; *La visita del sol,* 1907), seguirían por una inflexión hacia un intimismo sentimental, de estirpe juanramoniana (*La sombra del ensueño,* 1901), para culminar en un modo más personal en 1924 con su libro *Algunos versos.*

Sobre esta mecánica evolutiva, es posible ir trazando un breve itinerario estético. Poeta refinado, sensible, muy español; pero también profundamente europeo, Díez-Canedo, en efecto, odiaba el mundo rústico y carpetovetónico, que personificaba con rasgos de Solana y de Valle-Inclán en poemas como la *Balada de los tres naipes*:

Se durmió como la marmota
entre la colilla y el jarro;
ya no tiene lumbre el cigarro
ya el jarro no tiene gota.
    Y aun dormido, la palabrota
en sus torpes labios se cuaja.
Sobre la mesa la baraja:
el rey, el caballo y la sota,
.....
Fandango, petenera y jota
le arrullan si al sepulcro baja:
ponedle dentro de la caja
el rey, el caballo y la sota.

La curiosidad intelectual de Canedo le llevaba, como ya dijimos, a conocer Hispanoamérica, no sólo en su cultura, sino en su presencia física. Fruto de esta vivencia es su libro *Epigramas americanos,* en los que un relámpago lírico le sirve para iluminar un paisaje, al modo como, mínimo y confesado discípulo suyo, lo he intentado en algunos de mis poemas geográficos. Véase como ejemplo, cómo nuestro Canedo condena su visión de Santiago de Chile:

> Toda en ángulos rectos los tuyos te querían
> toda en cuadras iguales:
> tal como Ercilla y Oña severos componían
> sus poemas heroicos en octavas reales.

Enrique Díez-Canedo llegó a conocer bien el continente americano. Su prestigio intelectual, su noble concepto de la poesía civil y su bien probado liberalismo hicieron de nuestro escritor una de las muchas figuras que la República quiso y pudo insertar en el campo de la política. Y, en efecto, hacia esa América tan estudiada y querida fue enviado Enrique Díez-Canedo como Embajador en la República Argentina.

Sobrevenida la Guerra Civil, regresó a España y vivió gran parte de la contienda en Barcelona. Allí tuve ocasión de tratarle cuando estaba empeñado en la singular aventura de organizar unas "guerrillas de teatro" que, por calles y plazas, habían de intentar levantar el quebrantado ánimo de la retaguardia republicana. Con ello Canedo volvía a otra de sus actividades que no quisiera olvidar en esta breve rememoración: la de su tarea como crítico teatral; la de su amor al arte dramático que le llevó a escribir un libro entero bajo el título de *Los enemigos del teatro.*

En estos contactos personales, confirmé la hombría de bien que yo advertí cuando le conocí en Madrid, así como el temple con que sorteaba aquella difícil circunstancia.

El desenlace de la Guerra Civil agravó este patetismo con la experiencia del exilio. Y esa América que él tanto sentía y amaba fue el escenario de sus últimos años. A Méjico llevó todavía su insobornable ánimo de trabajador intelectual publi-

cando libros como *Horacio en Méjico* y *Juan Ramón Jiménez en su obra.*

Allí convivió con el más selecto grupo del exilio, y especialmente con su gran amigo el poeta catalán Josep Carner, con quien dirigió algunas empresas culturales beneficiosas para la diáspora republicana.

Cuando, en 1944, Enrique Díez-Canedo murió, toda la "España peregrina" se sintió conmovida. Y es bello que fuera un poema de Carner, escrito en lengua catalana, el mejor homenaje a su tránsito mortal. Así lo imaginó el poeta —traduzco— "de puntillas, dejando la habitación, como una sombra etérea, no sin haber tomado de las altas estrellas una última imagen, con la que compuso el último de sus epigramas".

Esta sombra gentil y delicada, de apariencia gélida, pero que tanto fuego llevaba en su interior, es la que hoy he querido recordar. Él había dicho de su maestro Francisco Giner que "si en los tiempos duros se mantuvo firme y sin doblegarse, para los días de calma guardó su dulzura y suavidad de espíritu".

Así fue, también, el Enrique Díez-Canedo que yo conocí y que hoy, conmovidamente, he querido evocar ante vosotros.

GUILLERMO DÍAZ-PLAJA.